

## INGENIO, CAUSA PRINCIPAL DE LA AGUDEZA Y COMPLEMENTO DEL JUICIO

JORGE M. AYALA MARTÍNEZ

*Universidad de Zaragoza*

EL TEMA del ingenio nos coloca de lleno en la gnoseología graciana. El interés de Gracián por los temas del conocimiento no desdice del que mostraron los grandes filósofos de su siglo, aunque el tratamiento que dan del mismo sea distinto. El filósofo aragonés resalta la raíz antropológica del conocimiento, mientras que los filósofos racionalistas inciden en el aspecto metafísico y psicológico. Recordemos los elogios que Gracián hace del entendimiento humano en algunas obras suyas: «Gradúan en primer lugar los apasionados el entendimiento por origen de su grandeza; y así como no admiten varón grande sin exceso de entendimiento, así no conocen varón excesivamente entendido sin grandeza. Es lo mejor de lo visible el hombre, y en él el entendimiento: luego sus victorias, las mayores» (*H*, III, p. 9)<sup>1</sup>. «No vive vida de hombre sino el que sabe» (*D*, V, p. 94). «Felicidad de poderosos, acompañarse de valientes de entendimiento que le saquen de todo ignorante aprieto. Hay mucho que saber y es poco el vivir y no se vive si no se sabe» (*OM*, 15, p. 158). «Toda ventaja en el entender lo es en el ser» (*D*, I, p. 80). «¡Oh fruición del entendimiento! ¡Oh tesoro de la memoria, realce de la voluntad, satisfacción del alma, paraíso de la vida! Gusten unos de jardines, hagan otros banquetes, sigan éstos la caza, cébense aquéllos en el juego, rocen galas, traten de amores, atesoren riquezas, con todo género de gustos y de pasatiempos, que para mí no hay gusto como el leer ni centro como una selecta librería» (*C*, II, iv, p. 727).

De la pluralidad de actividades cognoscitivas que realiza el hombre (imaginar, recordar, pensar, razonar, etc.) deduce Gracián la existencia de facultades, potencias o principios con los que aquel realiza tales actos. “Tiene cada potencia un rey entre sus actos, y otro entre sus objetos” (*A*, I, p. 238). Ahora bien, estos principios no subsisten independientemente del sujeto que los sustenta. Por ello, no son propiamente los sentidos o el entendimiento los que sienten o conocen, sino el hombre por ellos, comenta Tomás de Aquino<sup>2</sup>. Entendimiento, razón, voluntad no son

<sup>1</sup> Citamos según la edición de Arturo del Hoyo, *Obras Completas de Baltasar Gracián*, Madrid: Aguilar, 1967, 3ª ed. Siglas: *H*, *El Héroe*; *D*, *El Discreto*; *OM*, *Oráculo manual y arte de prudencia*; *A*, *Agudeza y arte de ingenio*; *C*, *El Criticón*.

<sup>2</sup> *Non enim proprie loquendo sensus aut intellectus cognoscit, sed homo per utrumque*, en *De Veritate*, q. II. a.7, 3.

entidades distintas, sino actos distintos de la persona entera. En este sentido hay que interpretar la división graciiana entre entendimiento, ingenio y juicio. No son entidades distintas, sino modos de expresarse el sujeto cognoscente.

Según Gracián, las dos funciones básicas del entendimiento son el ingenio y el juicio o sindéresis. El ingenio es la «valentía del entender» (*D*, I, p. 80), esto es, el entendimiento inventivo, y el juicio es el entendimiento práctico, pero ambos están llamados a complementarse. «Adécuese esta capital prenda de otras dos, fondo de juicio y elevación de ingenio, que forman un prodigio si se juntan» (*H*, III, p. 9). Resulta superfluo litigar sobre cuál de los dos aspectos del entendimiento es más importante, si el juicio o el ingenio. Gracián deja este asunto al parecer del gusto, esto es, a la subjetividad de cada uno. Él, personalmente, prefiere atenerse al consejo de su madre: «Hijo, Dios te dé entendimiento del bueno» (*Ibid.*), esto es, un entendimiento sin extremismos, que no peque ni por exceso ni por defecto, tanto en materia de ingenio como de prudencia. Gracián concluye con este elogio del ingenio: «La valentía, la prontitud, la sutileza de ingenio, sol es deste mundo en cifra, si no rayo, vislumbre de divinidad. Todo héroe participó exceso de ingenio» (*Ibid.*, pp. 9-10).

En *Agudeza y arte de ingenio* aclara un poco más ese «vislumbre de divinidad» al calificar la acción del ingenio de «empleo de querubines». «Si el percibir la agudeza acredita de águila, el producirla empeñará en ángel; empleo de querubines, y elevación de hombres, que nos remonta a extravagante jerarquía» (*A*, II, p. 239). Téngase en cuenta que en la jerarquía de los seres celestes los querubines son ángeles que representan el conocimiento de Dios; por eso están junto a Él, aunque por debajo de los serafines, que representan el amor de Dios, razón por la cual son los más elevados. «Por lo capaz se adelantó el hombre a los brutos, y los ángeles al hombre, y aun presume constituir en su primera formadísima infinidad a la misma divina esencia. Tanta es la eminente superioridad de lo entendido» (*D*, I, p. 80).

## 1. HISTORIA DE LA PALABRA INGENIO

En la obra de Gracián aparecen hermanados el genio y el ingenio, y son la base de su antropología. «El uno sin el otro fue en muchos felicidad a medias», porque ambos «son los dos ejes del lucimiento» (*H*, I, p. 80). El genio representa la parte natural del hombre, la cual incluye el carácter y cierta orientación innata de nuestras facultades. «La naturaleza las alterna y el arte las realza». El genio, por tanto, varía en cada persona, nos condiciona, pero no nos determina, antes bien, la naturaleza los alterna para que, como en el caso de Atlante y Alcides, venga uno en ayuda del otro. «Plausible fue siempre lo entendido, pero infeliz sin el realce de una agradable genial inclinación; al contrario, la misma especiosidad del genio hace más censurable la falta del ingenio» (*Ibid.*).

Así, pues, genio e ingenio son dos hermanos que se necesitan, pero el segundo es, a juicio de Gracián, el determinante del grado de persona que llega a ser cada uno. «Lo que es el sol en el mayor, es en el mundo menor el ingenio... Toda ventaja en el entender lo es en el ser... Por lo capaz se adelantó el hombre a los brutos y los ángeles al hombre... tanta es la eminente superioridad de lo entendido» (*H*, I, p. 80). Para probar la superioridad del ingenio Gracián emplea un argumento poco correcto, desde el punto de vista filológico, pues dice que «la misma denominación de genio, está indicando originarse del ingenio» (*Ibid.*). En realidad, parece que ha sucedido al revés. Claro que Gracián no habla aquí como filólogo, sino como un apologeta del ingenio<sup>3</sup>.

En efecto, originariamente el Genio era una divinidad o *daimon* tutelar de una persona, hogar o lugar geográfico. De ahí surgió la antigua costumbre de jurar por el Genio de uno mismo, o la costumbre de apelar al poder del Genio de la persona a la que queremos desvelar una verdad, para que él sea testigo y actúe como juez en el caso de que se faltase a la verdad<sup>4</sup>. Con el tiempo, el sentido originario de la palabra Genio adquirió un sentido metafórico. La expresión «tener genio» significó poseer tal conjunto de cualidades anímicas excepcionales que sólo podían tener por origen a la misma divinidad. Finalmente, también se perdió el originario sentido religioso, y la palabra genio se hizo entonces sinónima de Naturaleza o carácter de una persona. Por eso, durante las épocas en que el ingenio designaba a la persona en cuanto entidad sustancial y total, y no una función o actividad intelectual, las palabras genio e ingenio fueron usadas indistintamente. En no pocas ocasiones el mismo Gracián confunde el contenido de ambas palabras (*D*, I).

Durante el siglo XVIII, con excepción de Giovanni Battista Vico, las palabras genio e ingenio perdieron su tradicional vigencia, y cayeron en descrédito. Vico, en cambio, aunque no trató expresamente del genio, sí integró el ingenio entre los componentes básicos de su «Ciencia nueva», al considerar al ingenio como una fuente del saber<sup>5</sup>. Posteriormente Immanuel Kant recuperó para la filosofía las palabras genio e ingenio, pero invirtiendo en parte su sentido originario. Finalmente, el movimiento romántico convirtió el genio en una palabra clave de su concepción del mundo, del hombre y del arte.

La palabra ingenio significó originariamente «naturaleza» o «*physis*», y se aplicó por igual tanto a la naturaleza de las cosas inanimadas como de las cosas animadas, incluida la naturaleza humana. Sin embargo, pronto pasó a designar únicamente

<sup>3</sup> Javier García Gibert y Carlos Hernández Sacristán, "El razonamiento etimológico como procedimiento discursivo en Baltasar Gracián", *Archivo de Filología Aragonesa*, XLI, 2 (1988), 153-172.

<sup>4</sup> Pietro Sforza Pallavicino, *Trattato dello stile e del dialogo*, Roma, 1662.

<sup>5</sup> Giovanni Battista Vico, *De antiquissima Italorum sapientia*, Opere, I, Bari, 1914.

las cualidades intelectuales de la persona, destacando entre ellas la actividad inventiva y el vigor intelectual para resolver las cuestiones difíciles. La imagen «afilarse el ingenio» expresa bien el sentido de la agudeza intelectual. Posteriormente la palabra ingenio fue perdiendo su sentido abstracto y se redujo a los productos o efectos del ingenio: pensamientos ingeniosos, obras artísticas, empresas y acciones.

Entre las primeras aplicaciones prácticas de la palabra ingenio figuran las de carácter militar. Sebastián de Covarrubias dice así: «Llamamos ingeniero al que fabrica máquinas para defenderse del enemigo y ofenderle; ingeniero al que tiene sutil y delgado ingenio»<sup>6</sup>. El término francés *engin*, que Maizeroy hace derivar del antiguo griego *manganon*, es el fenómeno de todas las máquinas de sitio de la Edad Media en Francia. También el *Fuero juzgo* habla de ingenios al tratar de la constitución e instituciones de la época visigótica. «Ingeniero debe ser el Alcayde, porque es cosa que se le toma en grande provecho para guarda de su castillo»<sup>7</sup>. «Enggeños e armas, aferramientas de todas maneras deben tener los Reyes e guardadas en sus villas, mayormente en aquellas que estuvieran en frontera...»<sup>8</sup>. En las Crónicas de los siglos XIII, XIV y XV se encuentran muchas descripciones de los principales ingenios que entonces se empleaban. Destacan la Crónica de Jaime de Aragón, la Crónica de Alfonso X, la Crónica de Juan II y las célebres narraciones de Ramón Muntaner. Es muy lamentable la pérdida del libro titulado *Libro de los Engennos*, que escribió don Juan Manuel, nieto del rey San Fernando, por más que algunos siguen negando la existencia de dicho libro.

El sentido técnico y militar de la palabra ingenio ha pasado a todas las lenguas europeas: *Engin* (francés), *Ingegno* (italiano), *ingine* (inglés), *engenho* (portugués), *ingenio* (español), etc. Actualmente se emplea la palabra «ingenio nuclear» para referirnos al armamento atómico. Por el contrario, cuando el ingenio se refiere a su aspecto intelectual o estético, las lenguas europeas emplean palabras distintas, como: *accuitas* (latín), *agudeza* (español), *acuteza* (italiano), *wit-wittiness* (inglés), *Esprit-Genie* (francés). Este segundo sentido es el que ha tenido trascendencia cultural. Así, Aristóteles, Hermógenes, Cicerón y Quintiliano, primeros expositores de la función del ingenio en la expresión hablada y escrita, consideraron el estilo y demás resortes retóricos como productos del ingenio. Sin embargo, ninguno de los cuatro profundizó suficientemente en la naturaleza del mismo. «No pasaban a observarla (agudeza), escribe Gracián, con que no se le halla reflexión, cuanto menos definición» (*A*, I, p. 237). A diferencia de lo que sucedió con la lógica, que pronto fue objeto de estudio con independencia de las otras ramas del saber filosófico, por el contrario, se tardó mucho tiempo hasta que la agudeza fuera objeto de

6 Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana*, 1611.

7 Ley 14, Tit. 18, partida 2ª.

8 Ley 24-26, Tit. 23, partida 2ª.

estudio en cuanto actividad estético-intelectual que se rige por leyes propias. Ello se debió, en parte, al recelo que algunos filósofos tuvieron hacia el ingenio como actividad intelectual específica.

Desde la época de Platón se venía repitiendo que el objeto de la retórica no era lo formal del discurso (brillantez), sino la persuasión (razonamiento), siendo aquel un aspecto importante del discurso persuasivo pero no su causa total. A este retraimiento hacia lo formal o estilístico hay que añadir la tardía eclosión del estilo ingenioso en Roma, representado por Marcial, Tácito y Séneca. Estos factores, junto con la desconfianza expresada por algunos clásicos, como Cicerón y Quintiliano, hacia el exceso de ingeniosidad en el discurso, frenaron todo tipo de investigación acerca del ingenio como actividad y producto intelectual<sup>9</sup>.

Esta trayectoria cambió de rumbo con el horizonte ideológico propiciado por el cristianismo, el cual desencadenó nuevos modos de pensamiento y nuevas formas literarias. Destaca, en especial, la nueva elocuencia cristiana, cuya fuerza persuasiva no se apoyará exclusivamente en la ingeniosidad del orador, sino en la nueva realidad predicada. A pesar de ello, esa nueva realidad exigió un nuevo estilo de expresión hablada y escrita con su propio mundo de reglas y la correspondiente enseñanza de las mismas.

Los humanistas serán los primeros en oponer abiertamente a la dialéctica o lógica de la razón las nuevas artes para pensar, cuya característica es la apertura a todos los actos del discurso en sus diversos usos y manifestaciones. Ellos centraron la atención, más que en la lógica apodíctica de Aristóteles, en la parte de los «tópicos»: los *Topica* de Cicerón, las *Institutiones oratoriae* de Quintiliano y la *Rethorica ad Herennium*. Un impulso similar provino de parte de los cultivadores del Arte de la memoria, siendo el *Ars magna* de Raimundo Lulio el modelo de posteriores obras similares, como las de Giordano Bruno<sup>10</sup>, Leibniz<sup>11</sup> y Kircher<sup>12</sup>. En todos ellos el objetivo era el mismo: reducir el saber a un principio universal mediante un sistema combinatorio, y de esta forma poder realizar el sueño de la matemática o ciencia universal capaz de abarcar la realidad en toda su amplitud. En el fondo, lo que se buscaba con esas “artes” era superar la dificultad que tiene el hombre de captarse a sí mismo, pensando que lo lograrían dominando el funcionamiento de su propio pensamiento.

<sup>9</sup> Aristóteles, *Retórica*, libro 3; Cicerón, *De oratore*, libro, 2; Quintiliano, *De institutione oratoria*, 8, 3, 56; 8, 5, 2; 6, 3, 11.

<sup>10</sup> Giordano Bruno, *Obras*. Ed. Gentile, Vol. 1 y 11, Bari, 1907-9. Obras latinas, Ed. Nacional, 1-11-111-1V.

<sup>11</sup> Gottfried Wilhelm Leibniz, *Dissertatio de arte Combinatoria*, Leipzig, 1666.

<sup>12</sup> Athanasius Kircher, *Polygraphia nova et universalis ex combinatoria arte detecta*, Roma, 1663.

Este ambiente intelectual de búsqueda de mecanismos capaces de adentrarse en los terrenos vedados hasta entonces, como el ámbito de lo irracional, la fortuna, la gracia, la risa, la agudeza, etc., favoreció, a partir del siglo XVI, la aparición de numerosos modelos que versaban sobre el ingenio<sup>13</sup>. Sin embargo, la aportación decisiva al estudio de la agudeza verbal vino de las investigaciones que se hicieron sobre el epigrama. El poeta epigramista Marco Valerio Marcial (40-104 d.C.) se convirtió para los latinistas en el poeta preferido, superando en interés al mismo Catulo (87-54 a.C.).

Julio César Escalígero (1484-1558) fue el primero en proponer una definición de epigrama en su *Poética* y en señalar una «topología» que será más o menos imitada por sus sucesores Gallo, Carlos de San Antonio de Padua, Mercier, Vavasseur, Masen y Morhof, empeñados igualmente en estudiar los mecanismos de la agudeza epigramática<sup>14</sup>. De ahí se pasó posteriormente al estudio de la agudeza en cuanto alma de todo discurso, y no sólo del epigrama. El jesuita polaco Sarbiewski, los italianos Pellegrini y Tesauo, así como Baltasar Gracián, fueron los máximos representantes del estudio de la agudeza en general. Con todo, el epigrama siguió siendo el modelo paradigmático del estilo agudo, tanto en prosa como en verso. Igualmente, el proverbio, el enigma, la divisa y el emblema se convirtieron en el campo de experimentación privilegiado de las técnicas del conceptismo.

Se suelen señalar tres etapas o tres tipos de investigación que han sido llevados a cabo en el ámbito del ingenio. El primero, elaborado por Gallo, Vavasseur y, sobre todo, por Mercier consiste en una clasificación de los diversos casos de agudeza. El segundo trata de deducir a partir de un primer principio las fuentes y los cauces por los que discurre la agudeza. Este trabajo de reducción a la unidad se debe fundamentalmente a Tesauo y a sus sucesores Morhof y Masen. El tercer momento ha sido el de la combinación de modelos de funcionamiento capaces de producir recursos retóricos en serie. Mateo Casimiro Sarbiewski, Emanuele Tesauo y Jacobo Masen han ofrecido los ejemplos más espectaculares. Baltasar Gracián tuvo la intuición de detectar la existencia de tales modelos operatorios, pero como su intención era mucho más simple y práctica, se limitó a señalar la variedad y complejidad de las agudezas y a reducir a principios y a reglas un fenómeno que hasta entonces

13 Giovanni G. Pontano, *De sermone*, libro VI, in *Opera*, Báile, 1556, t. 11; Baldassare Castiglione, *Il libro del Cortegiano*, Venecia, 1528; Francesco Robortello, *De salibus, in librum Aristotelis... explanationes*, Florencia, 1548; Vincenzo Maggi, *De ridiculis, in Aristotelis librum... explanationes*, Venecia, 1550.

14 Vincenzo Gallo, *Opusculum in quo epigrammata...* Milán, 1626; Carlo di San Antonio di Padova, *De arte epigrammatica*, Colonia, 1650; Nicolas Mercier, *De conscribendo epigrammate*, Paris, 1658; François Vavasseur, *De epigrammate liber*, Paris, 1669; Jacob Masen, *Ars nova argutiarum*, Colonia, 1660; Daniel Georg Morhof, *Commentatio de disciplina argutiarum*, Lübeck, 1693; *De arguta dictione tractatus*, Lübeck, 1705.

había escapado a toda ley. «Hallaron los antiguos método al silogismo, arte al tropo; sellaron la agudeza, o por no ofenderla, o por desahuciarla, remitiéndola a sola la valentía del ingenio» (*A*, I, p. 236)<sup>15</sup>.

El siglo XVII marcó el momento cumbre en el ejercicio del ingenio por parte de los escritores, dando lugar a la existencia de una «cultura del ingenio», puesto que abarcaba todas las esferas de la vida humana: palabras, conceptos y acciones. Pero, aunque todos o casi todos los escritores intentaron ser ingeniosos, no todos lo consiguieron, cayendo inevitablemente en los vicios de un exagerado culteranismo o conceptismo. Como dice Gracián: «No basta lo entendido, deséase lo genial» (*OM*, 2, p. 153). Es bien sabido cómo el clasicismo del siglo XVIII tachó de «mal gusto» las manifestaciones culteranas y conceptistas, dando al traste con la supremacía española en el campo del ingenio al convertirse éste en exponente de cultura decadente.

El problema teórico que planteó el médico-filósofo navarro Juan Huarte de San Juan (1530-1590), y con él otros escritores de los siglos XVI y XVII, fue explicar por qué siendo los hombres iguales en cuanto a su naturaleza racional, ésta se muestra con distinta fuerza y orientación en cada persona. En una palabra, en qué se funda la diversidad de los ingenios.

René Descartes, autor de las *Regulae ad directionem ingenii* (1701), estampó este mismo planteamiento al inicio de su *Discurso del Método*:

El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo, puesto que cada uno piensa estar tan bien provisto de él que, incluso aquellos que son más difíciles de contentar en otra cosa cualquiera, no acostumbran a desear más del que tienen, etc. En cuanto a mí, no he presumido nunca que mi espíritu (*ingenium*) fuese en nada de mayor perfección que el del común de los hombres<sup>16</sup>.

El filósofo francés piensa que la diversidad y la diferencia de los ingenios es fundamentalmente un problema de método o de dirección de la mente. Para Gracián, en cambio, se trata de una cuestión de cultivo de la mente, pero en un sentido amplio, pues incluye los viajes, el diálogo, las relaciones, etc.; por eso recomienda al Discreto frecuentar «los teatros del buen gusto» (*OM*, 64, p. 170). Por su parte, Huarte de San Juan hace depender de factores ambientales y psicológicos la división de los hombres en razón de su ingenio. Toda persona, escribe Huarte, es hijo de su humor o temperamento. En consecuencia, el conocimiento del propio temperamento es imprescindible a la hora de dirigir el ingenio hacia las ocupa-

<sup>15</sup> Mercedes Blanco, *Les Réthoriques de la Pointe. Baltasar Gracián et le Conceptisme en Europe*, Paris: Librairie Honoré Champion Editeur, 1992. Seguimos las líneas fundamentales de esta obra,

auténtica enciclopedia de lo que ha sido el Ingenio en la cultura europea.

<sup>16</sup> René Descartes, *Discours de la méthode*, 1637.

ciones más acordes con las propias posibilidades. En este sentido, Huarte de San Juan es deudor de Luis Vives, así como de Huarte serán deudores otros escritores españoles, entre ellos el filósofo Fox Morcillo, los humanistas Lorenzo Palmireno y Simón Abril, el gramático Sánchez de las Brozas, el pedagogo jesuita Bonifacio, y los escritores Miguel de Cervantes y Baltasar Gracián<sup>17</sup>.

El capítulo que Juan Luis Vives (1492-1540) dedica al ingenio es uno de los mejores de su tratado *De Anima*<sup>18</sup>. En él caracteriza al ingenio como la fuerza de nuestro espíritu para comprender, y expresa estos dos puntos básicos: en primer lugar, que los componentes psicológicos del individuo son un ingrediente decisivo de su temperamento y de su carácter; en segundo lugar, que las disposiciones temperamentales son una parte importante en lo referente a la regulación de los poderes intelectuales del hombre. El tratamiento que hace del ingenio Juan Luis Vives, tanto en el tratado *De Anima* como en el *De Disciplinis* no es epistemológico ni estético, sino moral y educativo. Comienza describiendo la relación observada entre los hábitos intelectuales y el ingenio de cada persona como medida imprescindible para el autoconocimiento de uno mismo, pues sin el conocimiento de la acción de las pasiones sobre el entendimiento y la voluntad, así como de las disposiciones del propio ánimo, el hombre no puede ser corregido ni dirigido. El nuevo humanismo de Vives no trataba de encumbrar al hombre a centro del cosmos, al estilo del humanismo de Ficino, Pico de la Mirandola, etc., sino de indagar los mecanismos internos de las operaciones humanas, y de esta forma, sacar reglas prácticas de conducta y de educación.

En la edición príncipe del *Examen de ingenios* (1575), el doctor Huarte de San Juan toma el sentido de la palabra ingenio del lenguaje más usual entre los escritores de su tiempo para referirse a la inteligencia o capacidad racional del hombre, cuidando de añadir para especificarlo y complementarlo la palabra «habilidades». En la primera edición corregida de 1594 comienza el *Examen de ingenios* dedicando todo el capítulo primero a explicar «qué cosa es ingenio y cuántas diferencias se hallan de él en la especie humana». En realidad, ello no supone un gran avance respecto de la edición príncipe, si exceptuamos algunas matizaciones etimológicas como afirmar que ingenio deriva de «ingenero», que significa: «engendrar dentro de sí una figura entera y verdadera que representa al vivo la naturaleza del sujeto cuya es la ciencia que se aprende»<sup>19</sup>. De los verbos «gigno, ingigno e ingenero» Huarte elige el último, «porque parece que tiene más clara su descendencia, atento

17 Carlos G. Noreña, *Juan Luis Vives*, Madrid: Ed. Paulinas, 1978, p. 19.

18 Juan Luis Vives, *De Anima*, lib. II, cap. V; *De Disciplinis*, lib. II, cap. IV.

19 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*, Madrid: Editora Nacional, 1977, p. 428.

a las muchas letras y sílabas que de él vemos que toma y lo que de su significación diremos después»<sup>20</sup>. «Pero hablando con los filósofos naturales, ellos bien saben que el entendimiento es potencia generativa... Así el entendimiento tiene virtud y fuerzas naturales de producir y parir dentro de sí un hijo, al cual llaman los filósofos naturales noticia o concepto, que es *verbum mentis*»<sup>21</sup>.

La visión huartea del ingenio forma parte de su concepción naturalista del hombre, propia del humanismo renacentista, que busca desvelar en el hombre la conciencia de su valor como ser natural. La base y la fuente del ingenio está en la naturaleza, y ésta es difícilmente modificable. Una vez conocida la naturaleza de una persona resulta fácil conocer los límites y posibilidades del ingenio. Más aún, el conocimiento de la naturaleza es una garantía a la hora de orientar a una persona. Dirigiéndose en carta Huarte de San Juan al rey Felipe II, le dice: «Habría de haber diputados en la república, hombres de gran prudencia y saber, que en la tierna edad descubriesen a cada uno su ingenio, haciéndole estudiar por fuerza la ciencia que le convenía, y no dejarlo a su elección»<sup>22</sup>. En este determinismo de la naturaleza fundó Huarte su psicología de los pueblos, tan admirada e imitada por los escritores posteriores, entre ellos Gracián. Hoy día dudamos más de la permanencia de los caracteres nacionales.

El esquema antropológico de Huarte es el siguiente: todas las diferencias de ingenio tienen por base a la naturaleza, en especial la cerebral, la cual está constituida por cuatro cualidades «primarias que se combinan binariamente entre sí: calor y humedad, calor y sequedad, frialdad y humedad. Estas cualidades dan lugar a los cuatro elementos: aire, fuego, tierra y agua, y a los cuatro humores: sangre, cólera, melancolía y flema. El temperamento o temperatura es resultado del predominio de alguna de las cuatro cualidades primarias»<sup>23</sup>.

La naturaleza es una, pero está diversificada en diferentes seres, ocupando el hombre el nivel más elevado. Los hombres están dotados de potencias (facultades), origen de sus correspondientes actos. Estas potencias son orgánicas y tienen por base natural el cerebro; según predomine en él el calor, la humedad o la sequedad, predominará también la imaginación, la memoria o el entendimiento.

Huarte dedica los primeros capítulos del *Examen de ingenios* a clasificar las diferencias de ingenio. Desde el punto de vista cualitativo, distingue tres grados de ingenio o habilidad: aquellos individuos que sólo pueden comprender las cuestiones claras y fáciles; aquellos que resuelven cuestiones difíciles pero valiéndose de los demás, sean libros o maestros; finalmente están los «ingenios inventivas». Estos grados de habilidad tienen sus respectivas antítesis, y van desde la incapacidad

20 *Ibíd.*, p. 426.

22 *Ibíd.*, p. 63.

21 *Ibíd.*, pp. 426-427.

23 *Ibíd.*, p. 121.

absoluta para concebir ideas hasta la posibilidad de reproducirlas pero sin llegar a comprenderlas.

Desde el punto de vista cualitativo, Huarte distingue tres ingenios: memoriosos, imaginativos e intelectivos, según predomine alguna de las tres potencias racionales. A cada grupo de inteligencia corresponde un grupo determinado de saberes:

Yo soy buen testigo de esta verdad. Porque entramos tres compañeros a estudiar juntos latín y el uno lo aprendió con facilidad, y los demás jamás pudieron componer una oración elegante... De donde, espantado, comencé luego a discurrir y a filosofar, y hallé por mi cuenta que cada ciencia pedía su ingenio determinado y particular, y que sacada de allí no valía nada para las demás letras<sup>24</sup>.

El programa humanista de Huarte de San Juan se condensa en la primera y segunda palabra del título de su libro: *Examen e ingenio*. Convencido como estaba que la inteligencia humana era susceptible de ser medida cuantitativamente, el examen o *test* del propio ingenio resultaba imprescindible para una acertada orientación dentro del campo del saber. Con razón, pues, llamó Mauricio Iriarte a Huarte de San Juan fundador de la psicología diferencial<sup>25</sup>.

Huarte de San Juan permaneció fiel a la concepción clásica del ingenio como capacidad racional, pero haciendo hincapié en el aspecto inventivo del entendimiento. Según esto, conocer equivale a crear un modelo estructural con el que aprehender la realidad. Esta capacidad inventiva depende en última instancia del temperamento orgánico, especialmente cerebral. La elaboración de este modelo generativo de ingenio permitió a Huarte analizar la inteligencia humana, cuantitativa y cualitativamente, diversificando los diversos estilos cognoscitivos.

## 2. BALTASAR GRACIÁN Y EL INGENIO

### A) EL GENIO

Gracián conserva la noción tradicional de “genio” como naturaleza o *physis*, es decir, disposición natural del hombre para entender y obrar. Dado que la naturaleza es fuerza creadora, el genio de cada persona se identifica con la dirección que la naturaleza toma en esa persona. «No es un genio para todos los empleos» (*D*, I, p. 81). Por eso existen genios apasionados, serios, alegres, melancólicos, etc. Gracián

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 72.

<sup>25</sup> Mauricio Iriarte, *El doctor Juan Huarte de San Juan*, Madrid, 1948.

personifica al genio en el Varón Galante, rico en dones naturales. «Pero el galante genio se vio sublimado a deidad en aquel, no solamente cojo, sino ciego tiempo... Cristiano ya el filosofar, no le distingue de una tan feliz cuanto superior inclinación» (*D*, I, p. 81). Aunque la naturaleza de cada persona sea el soporte anímico fijo y determinante de la personalidad, sin embargo cabe también un perfeccionamiento de la dirección que la naturaleza toma en la vida de la persona. Por eso recomienda Gracián conocer con exactitud las propias disposiciones naturales, para poder obrar en cada momento de la vida de acuerdo con la edad y las posibilidades que ofrece la naturaleza. Acertado aforismo el de Quilón: ‘conocerse y aplicarse’ (*D*, I, p. 81). A cada etapa vital corresponde un determinado grado de perfección natural, siendo el ingenio el artífice de tal proceso de perfeccionamiento o de personalización. «Observe esta variedad natural para ayudarla, y esperar también de los otros mejoría» (*OM*, 276, p. 225).

A diferencia del ingenio, cuya actividad es reducible a reglas, el genio no está sujeto a reglas, porque la naturaleza es espontaneidad. Ahí radica la diferencia entre el Varón Galante y el Varón Ingenioso, el Atento y el Discreto. Mientras éstos últimos necesitan una técnica o arte para conseguir tales perfecciones, el primero, en cambio, no necesita técnica alguna para ser. Esto no significa que Gracián reconozca la existencia del genio puro, pues, según él, el genio se da siempre en una síntesis de genialidad, arte, prudencia, discreción y cordura.

Gracián recomienda el trato con las personas de buen genio e ingenio. «Gran suerte topar con hombres de su genio y de ingenio; arte es saberlos buscar; conservarlos, mayor; fruición es el conversable rato, y felicidad la discreta comunicación, especialmente cuando el genio es singular, o por excelente o por extravagante; que es infinita su latitud, aun entre los dos términos de su bondad o malicia» (*D*, I, p. 82).

## B) ANTROPOLOGÍA DEL INGENIO

El ingenio puede ser estudiado desde dos perspectivas: como estructura de la existencia cognoscente y en sí mismo. En el primer caso se busca conocer qué es el ingenio a través del hombre ingenioso. Este es el método elegido por Gracián, y consiste en trazar una tipología de hombres ingeniosos, o una «anatomía», como prefiere llamarla. Cada tipo de ingenio, escribe José María Andreu Celma<sup>26</sup>, denota un modo de conocer, un camino de pensar, pero también un modo de estar en la vida, añadimos nosotros. El «hombre en su punto», maduro, es hombre ingenioso. El ingenio abre el camino a la realización de aspectos que se consideran imprescindibles para la vida de una persona.

<sup>26</sup> José María Andreu Celma, *Gracián y el arte Católico*, 1998, p. 171.  
*de vivir*, Zaragoza: Institución “Fernando el

A diferencia del genio o naturaleza, que es difícilmente modificable, el ingenio es educable. «*Gusto relevante*. Cabe cultura en él, así como en el ingenio» (*OM*, 65, p. 171). «Puede mejorarlos la industria, y realzarlos el arte» (*D*, I, p. 82). El ingenio, por tanto puede crecer intelectual y moralmente. «Hízolo Dios indefinido, criolo sin término; no se reduzca él ni lo limite» (*D*, VII, p. 98). El último realce de *El Discreto*, titulado «Culta repartición de la vida un discreto», es una brillante exposición de la metamorfosis del ingenio, y vuelve a desarrollarla en el último discurso de la *Agudeza y arte de ingenio*:

Suele estar de día y tener vez, de modo que él mismo se desconoce; altérase con las extrínsecas y aun materiales impresiones; vive a los confines del afecto, a la raya de la voluntad y es mal avecindado él con las pasiones. Depende también de la edad; niñea y caduca con ellas; su extremado vigor está en el medio; hasta los sesenta años es el crecer, desde allí adelante ya flaquea, y conócese bien en las obras de los más grandes hombres, hasta los cuarenta años no está del todo hecho, y aunque a veces más picante, pero no tan sazonado, que es gran perfección la madurez; de modo que su florecer son veinte años y si pareciere poco, sean treinta (*A*, LXIII, p. 514).

En repetidos momentos de la *Agudeza y arte de ingenio* Gracián resalta como valores propios del ingenio la invención, la rapidez y la profundidad. «¿Qué ingenio sea más de condición, el pronto, o el profundo y de pensado?» (*A*, LXIII, p. 514). Acerca de la invención, dice «que es gran prueba de un ingenio» (*A*, XXXV, p. 408) y expresión de la «valentía del entender» (*D*, I, p. 80). «Es tanta la valentía de algunos ingenios, que llegan a discurrir lo que no es» (*A*, XV, p. 304). Esto da al ingenio cierto aire de misterioso y milagroso. «Los milagros del ingenio siempre fueron repensados» (*A*, LXIII, p. 514). La rapidez, aunque inferior en importancia al juicio, es una característica del ingenio. «Lisonjean los prontos por lo temprano, como el agraz... siempre están a punto de agudeza con seguridad de salir, que hay otros que mienten, no prenden en la más urgente ocasión» (*A*, LXIII, p. 514). «Toda presteza es dichosa; en el ingenio sale más bien; consiste esta prontitud, ya en el natural vigor del ingenio, ya en la copia de las especies, y más en la facilidad del usarlas; despiértalas una pasión, que suele ministrar armas» (*Ibid.*, p. 514).

El ingenio profundo es el ingenio ideal y el preferido por Gracián. «Dicen que la naturaleza hurtó al juicio lo que aventajó el ingenio» (*A*, LXIII, p. 514). «Son los ingenios reconcentrados, con fondos de discurrir, con enseñadas de pensar. Es con grande estruendo la pronta avenida de un arroyo, pero no dura, no tiene perennidad, con la misma facilidad desmaya; un río grande y profundo muévase sin ruido y lleva perennes golfos de caudal» (*A*, LXIII, p. 514). En el *Oráculo manual* ya había expuesto ideas muy parecidas: «Más vale un grano de cordura que arrobas de sutileza» (*OM*, 92, p. 178). «Mejor es un buen juicio sustancial, que no discurre más de lo que importa» (*OM*, 239, p. 216). El hombre ingenioso descuella también por la claridad,

pues hay algunos que «conciben bien y paren mal, que sin la claridad no salen a la luz los hijos del alma, los conceptos y decretos... Lo que es la resolución en la voluntad, es la explicación en el entendimiento, dos grandes eminencias. Los ingenios claros son plausibles... Pero, ¿cómo harán concepto los demás de los que les oyen, si no les corresponde concepto mental a ellos de lo que dicen?» (OM, 216, p. 210).

Otra cualidad del ingenio es su poder de adivinación. «Poco es ya el entender, menester es a veces adivinar» (D, VIII, p. 100), porque «las verdades que más nos importan, vienen siempre a medio decir» (Ibid., p. 99). «Es la verdad una doncella tan vergonzosa cuanto hermosa, y por esto anda siempre tapada» (Ibid., p. 99). Igualmente, el ingenio se crece ante la dificultad, aunque sea la contradicción, «que incluye repugnancia» (A, VIII, p. 272). Por eso, escribe: «Este es el concepto que más le cuesta al ingenio» (Ibid., p. 272).

Ser persona ingeniosa es un don de la naturaleza, pero, si el ingenio no es cultivado debidamente, produce el efecto contrario. «Ingenios vimos prodigiosos, ya por lo inventado, ya por lo discurrido, pero tan desaliñados, que antes merecieron desprecio que aplauso» (D, XVIII, p. 126). Igualmente, hay personas a las que su descontrolado ingenio las convierte en objeto de risa, por la forma como piensan y como se presentan. Parece que tienen «el ingenio al revés» (D, XVI, p. 121). Entre estos se cuentan los que quieren pasar a toda costa por graciosos: «que es de ver uno de estos destemplados de agudeza, siniestros de ingenio, chancear aún en la misma muerte; que si los sabios mueren como cisnes, éstos como grajos, gracejando mal y porfiando» (D, IX, p. 103). Hay ingenios superficiales, que confunden la imitación con la creación; otros gozan en «trastornarlo todo», y no faltan los que se aprovechan del trabajo ajeno, porque también «hay ingenios gitanos de agudeza» (A, LXIII, p. 516). Incluso hay ingenios crueles, que son la antítesis del ingenio profundo. «Monstruosa violencia fue siempre un buen entendimiento casado con una mala voluntad» (OM, 16, p. 158).

Gracián ha elegido como símbolo del ingenio al águila real por sus dotes de elevación, poderío, rapidez y penetración visual. «Es el águila reina del aire por la presteza, y el león, de la campaña, por su agilidad; van juntos en la luz la prontitud del comunicarse y el lucimiento; siempre están al canto de la actualidad, que sólo tiene de potencia lo poderoso» (A, LXIII, pp. 514-515).

### C) EPISTEMOLOGÍA DEL INGENIO<sup>27</sup>

El ingenio es una facultad muy valorada por Gracián, poniéndolo en ocasiones por delante del juicio, aunque sólo en lo concerniente a poder de invención. Se-

27 Acerca del ingenio pueden verse las siguientes obras: Emilio Hidalgo-Serna, *El pensamiento*

*ingenioso de Baltasar Gracián*, Barcelona: Anthropos, 1993; José Antonio Marina, *Elogio y refu-*

gún hemos adelantado, el ingenio no es propiamente una facultad independiente, autónoma, sino una dimensión del entendimiento humano, del que dice que es «origen de toda grandeza» (*H*, III, p. 9) y la «reina» de todas las prendas que adornan al Héroe. Por esta razón, Gracián usa a veces indistintamente las palabras entendimiento, razón e ingenio. Sin embargo, al señalar que «entendimiento sin agudeza ni conceptos, es sol sin luz, sin rayos, y cuantos brillan en las celestes lumbreras son materiales con los del ingenio» (*A*, I, pp. 238-239), está indicando el papel privilegiado que desempeña el ingenio, el cual aporta al entendimiento la brillantez y la «valentía del entender» (*D*, I, p. 80).

Gracián lo explica de esta manera: «Tiene cada potencia un rey entre sus actos, y otro entre sus objetos; entre los de la mente reina el concepto, triunfa la agudeza» (*A*, I, p. 238). De la pluralidad de actos intelectivos, el concepto ingenioso o agudo es el rey de todos. ¿En qué funda Gracián tal superioridad? En su poder de unir verdad y belleza mediante la creación de un «sutilísimo artificio» (*A*, II, p. 240), en que consiste propiamente el concepto ingenioso. «Lo que es para los ojos la hermosura, y para los oídos la consonancia, es para el entendimiento el concepto» (*A*, II, p. 239). «No se contenta el ingenio con sola la verdad, como el juicio, sino que aspira a la hermosura» (*A*, II, p. 241). El concepto ingenioso es creación de una verdad hasta entonces inexistente. La verdad-belleza sólo se da en ese «sutilísimo artificio» creado por el ingenio. Así se comprende que Gracián exalte al ingenio hasta casi divinizarlo, debido a su carácter creador. «La valentía, la prontitud, la sutileza de ingenio. Sol es de este mundo en cifra, si no rayo, vislumbre de divinidad. Todo héroe participó exceso de ingenio» (*H*, III, pp. 9-10). «Los milagros del ingenio siempre fueron repensados» (*A*, LXIII, p. 514).

El ingenio es por naturaleza inventivo, ante todo de sus propias reglas de creación, que son infinitas. «Habló del ingenio con él, quien le llamó infinitamente infinito» (*A*, L, p. 455). Además aporta al entendimiento poder de intuición. La abstracción intelectual sirve para aprehender la esencia, lo común a cosas de la misma naturaleza, pero la intuición capta la verdad de las cosas en su singularidad, aunque sólo lo consiga por vía indirecta o refleja, es decir, estableciendo relaciones entre las cosas. «De suerte que se puede definir el concepto: Es un acto del entendimiento, que exprime la correspondencia que se halla entre los objetos» (*A*, II, p. 242). Mediante este procedimiento el ingenio desvela un mundo de nuevos significados, los cuales, aunque se nos muestren a través de artificios conceptuales y lingüísticos, y se sustenten en ellos, no por ello carecen de verdad, pues el con-

*tación del ingenio*, Barcelona: Anagrama, 1992; Klaus Heger, *Baltasar Gracián. Estilo lingüístico y doctrina de los valores. Estudio sobre la actitud literaria del conceptismo*, Zaragoza: IFC, 1960;

Hellmut Jansen, *Die Grundbegriffe des Baltasar Gracián*, Ginebra-Paris, 1958; José María Andreu Celma, *Gracián y el arte de vivir*, op. cit.

cepto y la agudeza nunca pierden el contacto con la realidad o fundamento. «Pero siempre ha de haber algún fundamento sobre el que se haga el reparo y se levante la ponderación» (*A*, VI, p. 263). Esa verdad, hija del ingenio, es verdad-belleza, fruto de su sutileza para descubrir y «exprimir» «primorosas concordancias» y «armónicas correlaciones» entre las cosas, en un proceso indefinido<sup>28</sup>.

El ingenio es valiente. Cuanto mayor es la dificultad, más se crece y más goza. «Valiente pensar» (*A*, VIII, p. 272), exclama a propósito de las «ponderaciones de contrariedad». Donde ve una dificultad, va tras ella, como el cazador, que hace saltar la presa para darle caza. «Toda dificultad solícita es discurso y es agradable pasto del ingenio; con la proposición suspende y con la ingeniosa salida satisface» (*A*, XXXIX, p. 421). No importa que se trate de la contradicción, pues «cuando la contrariedad está en todo su vigor, que llega a ser repugnancia, es más ingeniosa» (*A*, XLII, p. 430). Esto mismo vale para la paradoja, porque el ingenio supera los límites de lo estrictamente lógico-formal. «Son las paradojas monstruos de la verdad, y un extraordinario, y más de ingenio, alguna vez se recibe bien: en ocasiones grandes ha de ser el pensar grande. Funda soberanía el entendimiento, como potencia real en levantar criaturas, digo en acreditar dificultosas opiniones, y menos probables. Son empresas del ingenio y trofeos de la sutileza los asuntos paradojos: consisten en una propuesta tan ardua como extravagante» (*A*, I, p. 338).

Gracias al poder del ingenio el hombre puede vislumbrar la grandeza que la divinidad ha derramado en sus obras. Por eso le reconoce el carácter de «vislumbre de divinidad» (*A*, III, p. 10). Para Gracián el mundo es reflejo de la inteligencia divina; en consecuencia, la verdad y la belleza andan unidas y son para el hombre una fuente inagotable de sentido. Este mundo cualitativo sólo el ingenio es capaz de desvelarlo.

El elogio más completo que Gracián dedica al ingenio aparece en el último discurso de la Agudeza: «Es el ingenio la principal, como eficiente [causa de la agudeza]; todas sin él no bastan, y él basta sin todas; ayudado de las demás, intenta excesos y consigue prodigios, mucho mejor si fuere inventivo y fecundo; es perenne manantial de conceptos y un continuo mineral de sutilezas» (*A*, LXIII, p. 514). Según esto, la fuerza inventiva del ingenio abarca toda clase de agudezas: de concepto, de palabra y de acción (*A*, III, p. 244). No sólo crea artificios verbales que «exprimen» la sutileza del pensar, sino que también es capaz de convertir la vida humana en una obra de arte de carácter moral. «Su mismo nombre de invención ilustra esta agudeza, pues exprime novedad artificiosa del ingenio y obra grande la inventiva. No siempre se queda la sutileza en el concepto, comunicase a las acciones; son muchos y primorosos sus asuntos» (*A*, XLVII, p. 444).

<sup>28</sup> Véase *Agudeza*, IV, «De la primera especie de conceptos por correspondencia y proporción».

La aplicación del ingenio a las acciones es un aspecto novedoso de Gracián. Hay acciones, escribe, en las que el ingenio brilla tanto o más que en las agudezas verbales y de concepto. Seguramente más, porque es mayor la dificultad. Es muy significativo el carácter «ambidextro» (*A*, XVI, p. 308) y «anfíbio» (*A*, LIX, p. 496) que Gracián da al ingenio, presentándolo discurriendo «a las dos vertientes: de conveniencia y inconveniencia. Pondera lo que descubre y discurre siempre para hallar el concepto en un extremo o en el otro» (*Ibid.*, p. 496). En efecto, difícilmente acertaremos con la acción debida en cada caso, si no conocemos en profundidad la realidad, la que somos y la que nos circunda y condiciona. El ingenio, con su poder dual, como Jano de múltiples caras, es capaz de conocer todas las vertientes de la realidad humana, la cual es compleja y posee muchas caras a la vez. «Hanse de discurrir las materias por entrambas partes y resolverse por el uno y otro lado, disponiéndolas a dos vertientes» (*OM*, 180, p. 201). «Saber tomar las cosas [...] Todas tienen haz y envés. En todo hay convenientes e inconvenientes: la destreza está en saber topar con la comodidad. Hace muy diferentes visos una misma cosa si se mira a diferentes luces» (*OM*, 224, p. 212).

El momento culminante de la moral lo constituye la prudencia, virtud teórico-práctica, la cual incluye dominio de lo que se hace, experiencia, conocimiento de los principios morales, reflexión ponderada, atención a las circunstancias, petición de consejo, decisión y ejecución. La decisión y la ejecución son, por tanto, resultado de un juicio completo, ponderado, donde se combinan principios, sensibilidad, circunstancias y arte o habilidad. En este punto, dice Gracián, «no bastan el estudio ni el ingenio» (*OM*, 51, p. 167) por separado. Si el juicio es ayudado por el ingenio, tiene más posibilidades de acertar, de ser justo. Por esta razón, la máxima aspiración de Gracián consiste en convertir a la razón humana en razón ingeniosa (*A*, XXII, p. 337), capaz de combinar profundidad y elevación.

El hombre aspira a esa complementariedad, como Critilo y Andrenio; ambos se van buscando hasta descubrir que, aun siendo distintos, son el mismo. Comenta José M<sup>a</sup> Andreu: «Ahora vamos comprendiendo mejor por qué el discreto graciano es «mixto de serpiente y paloma: no monstruo, sino prodigio» (*OM*, 243, p. 217); es «hombre juicioso y notante» (*D*, XIX, p. 129), «diligente y inteligente» (*D*, XXI, p. 135), «hombre de espera con buenos repentines» (*OM*, 55 y 56, p. 168); en una palabra: «hombre universal» (*OM*, 93, p. 179), «hombre de todas las horas» (*D*, VII, p. 97).

Gracián reconoce al ingenio un papel insustituible en la vida del hombre: rompe límites, agudiza el entendimiento, desvela lo impenetrable, da tino al obrar. En definitiva, al mismo tiempo que eleva el vuelo de la razón, la flexibiliza para que recoja la realidad con sus matices, convirtiendo a aquélla en una verdadera ‘razón vital’<sup>29</sup>. Sólo una razón con estas características puede llevarnos a la ciencia del “saber vivir”, objetivo buscado por Gracián en todas sus obras.

29 Andreu Celma, *op. cit.*, p. 17 ss.

Gracián no busca tanto explicar qué es el ingenio, cuanto mostrar las características del hombre ingenioso. Visto así, el ingenio es una razón omniabarcadora, capaz de dar cuenta de la totalidad de la vida humana. Incluye toda la esfera cognoscitiva: intuición, razón, fantasía, juicio y reflexión. La razón ingeniosa es una auténtica razón vital; por eso madura con el paso de los años y se perfecciona con la educación. Al principio brilla en ella la valentía del entender (el ingenio), posteriormente se va haciendo juiciosa, y, al final, se transforma en “buen gusto”, un juicio consumado. Alcanzar esta perfección es, a juicio de Gracián, un don del Cielo. «Tres cosas hacen un prodigio: y son el don máximo de la Suma Liberalidad: ingenio fecundo, juicio profundo y gusto relevantemente jocundo» (*OM*, 298, p. 230).

El ingenio, mejor, la razón ingeniosa, es águila por la valentía de su entender, y sol por la luz que despide, sus agudezas. Nada se le resiste, ni la contradicción ni la paradoja, ya afecte a los pensamientos, a las palabras o las acciones. Por eso, el hombre ingenioso luce a todas las horas en sus pensamientos, en sus hechos y en sus dichos.

Siguiendo la «agradable altercación» (*A*, LXIII, p. 514) que plantea Gracián en este punto, cabe preguntar quién tiene la preeminencia en su gnoseología: el ingenio, el juicio o el gusto. Responde que «es el ingenio la [causa] principal, como eficiente; todas sin él no bastan, y él basta sin todas» (*Ibid.*, p. 514). Así, pues, el ingenio es la causa de todas las agudezas: de concepto, de palabra y de acción. Aquí se está refiriendo Gracián al ingenio en cuanto atributo rey del hombre (*H*, IX, p. 19), por ser fuente de creatividad y de innovación. Pero la palabra ingenio no indica solamente una cualidad intelectual, sino la facultad intelectual del hombre con todas sus dimensiones: intuición, fantasía, juicio, reflexión. «Ayudado de los demás, intenta excesos y consigue prodigios, mucho mejor si fuere inventivo y fecundo» (*Ibid.*, p. 514). En la vida del hombre el ingenio no se da solo, sino cualificado por las demás dimensiones gnoseológicas. «¿Qué ingenio sea más de codicia, el pronto, o el profundo y de pensado? Son los ingenios reconcentrados, con fondos de discurrir, con enseñadas de pensar» (*Ibid.*, p. 514). Esto mismo lo repite a propósito de las agudezas sentenciosas, de las cuales dice que son fruto de «la operación máxima del entendimiento, porque concurren en ella la viveza del ingenio y el acierto del juicio» (*A*, XXIX, p. 379).

Gracián relaciona al juicio con el gusto, el cual, por el hecho de estar unido al sentimiento y a la experiencia inmediata de la vida, proporciona al hombre las primeras valoraciones de la realidad. Tiene tanta importancia el gusto en la vida de las personas, que requiere una educación igual o incluso superior a la que exigen el ingenio y el juicio. Si Gracián sólo se contenta con señalar los límites existentes entre el ingenio, el juicio y el gusto, es debido a que en el hombre no funcionan por separado. El hombre es uno, y posee un entendimiento rico en facultades que actúan al unísono.

## CONCLUSIÓN

Gracián es un pensador moral; busca, por tanto, la verdad práctica, esto es, saber cómo se debe actuar en cada ocasión de la vida. Esta verdad no es deducible de la razón, pero tampoco es empírica, sacada de la experiencia. El ingenio, en sí mismo considerado, representa sólo la «valentía del entender», por lo que carece de juicio para acceder por sí solo a la verdad. El juicio prudencial aristotélico, en cambio, supera estas limitaciones porque actúa como una verdadera razón vital que se hace cargo de la realidad concreta de la persona y juzga en función de lo que le conviene como ser racional en cada ocasión. Este juicio tiene mucho de “arte” o “invención”, pues implica sutileza y habilidad para acertar con la acción justa; pero también de reflexión profunda, para no quedarse en un cálculo de intereses. Gracián asume el planteamiento aristotélico, lo amplía y lo embellece, colocando al juicio flanqueado por el ingenio y el buen gusto. Entre los tres forman ese «prodigio» que unas veces recibe el nombre de ingenio, otras veces el de juicio, y, a veces, el de buen gusto. Se trata de la misma realidad, una y trina, el «buen juicio sustancial que no discierne más de lo que importa» (*OM*, 239, p. 216).

Al aspirante a vivir como persona en su mundo no le vale cualquier saber, sino «la filosofía de los cuerdos» (*D*, VII, p. 97), que se distingue «en lo acertado del juicio y en lo sazonado del gusto» (*D*, XVII, p. 125). Quien ha llegado hasta este punto, ha debido superar un largo y exigente proceso de maduración del ingenio y del gusto. «Gran ventaja concebir bien, pero mayor discurrir bien: entendimiento del bueno» (*OM*, 298, p. 230). La verdad moral o práctica se da en el juicio del hombre cuerdo, a propósito del cual repite Gracián que «más vale un gramo de cordura que arrobas de sutileza» (*OM*, 92, p. 178).

La cordura es «un buen medio» (*D*, XI, p. 106), tan difícil de conseguir que su posesión parece ser «suerte del Cielo» (*OM*, 96, p. 179). En efecto, «dicen que la naturaleza hurtó al juicio lo que aventajó el ingenio» (*A*, LXIII, p. 514), pero la experiencia confirma también que es posible superar esa dificultad con el esfuerzo. El hombre cuerdo es una simbiosis de ingenio (valentía del entender, rapidez, agudeza, tino, etc.) y de juicio («seso trascendental» [*OM*, 92, p. 178] o «sindéresis» [*OM*, 96, p. 179]). Por eso es, a juicio de Gracián, la personificación del ingenio y de la filosofía ingeniosa que despliega a lo largo de sus obras.